

La crisis del canal de Beagle

The Beagle Channel Crisis

■
Jon Marco Church*

■ Resumen

En esta Navidad, se cumplen treinta años de la crisis del Canal de Beagle. La presente contribución reconstruye esta historia, desde sus comienzos en 1977 a la amenaza de guerra, la mediación vaticana y fundamentalmente la ratificación por Argentina del Tratado de Paz y Amistad, en 1984. Rechazando fáciles analogías con la guerra de las Malvinas, se refuta la reducción de la crisis a una maniobra populista de la Junta militar argentina, proponiendo la hipótesis de un bluff llamado por Chile con el concurso del Vaticano. Llegamos al tratado enlazando las dinámicas propias de la mediación con el contexto más amplio de la transición argentina y de la coyuntura económica. Esta reconstrucción se funda tanto en material publicado como en entrevistas inéditas.

PALABRAS CLAVE: Argentina, Chile, Beagle, crisis, negociaciones

Investigador, representante de la Academia Europea de Bolzano en París. <jon-marco.church@malix.univ-paris1.fr>.

Recibido el 29 de septiembre de 2008; aceptado el 6 de octubre de 2008

El autor agradece particularmente al Centre of Latin American Studies de la Universidad de Cambridge, Reino Unido, a Queens' College de la misma ciudad, al Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y al presidente de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Padua (Italia) el respaldo académico, económico y logístico a este proyecto de investigación.

■ Abstract

This Christmas we commemorate the thirtieth anniversary of the Beagle Channel crisis. This contribution reconstructs this piece of history, from its beginning in 1977 to the menace of war, the Vatican mediation and finally the ratification of the Treaty of Peace and Friendship by Argentina in 1984. Dismissing simplistic analogies with the Falklands War, the reduction of the crisis to a populist manoeuvre of the Argentine Military Junta is refuted and the hypothesis of a bluff called by Chile with the support of the Vatican is proposed. The treaty is approached intertwining the mediation's dynamics with the broader context of the Argentine transition and the economic conjuncture. This reconstruction is based on published material as well as on hitherto unpublished interviews.

KEY WORDS: Argentina, Chile, Beagle, crisis, negotiations

LOS COMIENZOS DE LA CRISIS

Lo peor vino en 1978, cuando Argentina pudo impunemente desconocer un laudo arbitral y amenazar una guerra.

Fernandois, 1991: 445

De febrero de 1977 a enero de 1978

Desde comienzos de 1977, Chile y Argentina presintieron que el laudo arbitral sobre el Canal de Beagle —relativo a la soberanía de las Islas Picton, Lennox y Nueva— sería favorable a Chile¹. El gobierno argentino anunció

¹ Desde los inicios del diferendo hasta fines del siglo XIX, Chile siempre fue partidario de una solución arbitral a la disputa sobre el Canal de Beagle, no solo porque era más probable que tuviese derecho a las islas sino también debido al carácter legalista de su política interior y exterior. En 1902, como consecuencia de la crisis de la Puna de Atacama, en 1898, Chile y Argentina habían suscrito un Tratado General de Arbitraje. El primer acuerdo para resolver el litigio mediante arbitraje tuvo lugar en 1915, pero solo en 1970, bajo el gobierno de Allende, Chile persuadió a Argentina, que aún se encontraba bajo el régimen militar de Levingston, que se pidiera la mediación de la Reina de Inglaterra. El acuerdo de ambos países al respecto fue formalizado en 1971, época en que el progresista Lanusse era presidente de Argentina. En el marco de una serie de acciones amistosas que promovieron el acercamiento entre los dos países, varios acuerdos de cooperación en diferentes áreas, tales como trabajo, salud, se anexaron al compromiso arbitral. En 1972, Buenos Aires y Santiago acordaron renovar el Tratado General de Arbitraje de 1902, pero pocos meses después, Argen-

de inmediato que no aceptaría un laudo que entregase todas las islas a Chile. Sin embargo, los litigantes no tenían mucho de qué sorprenderse ya que varios estudios anteriores sobre el probable resultado de un arbitraje internacional eran favorables a Chile (Mares, 2001: 134).

El tribunal arbitral, presidido por el juez británico Gerald Fitzmaurice deliberó en febrero de 1977; la Reina pronunció el laudo en abril de ese año; y el 2 de mayo se comunicó oficialmente la decisión a las partes (Lacoste, 2003: 418). El laudo decretaba lo siguiente: «Las islas Picton, Nueva y Lennox, así como los islotes y piedras circundantes, pertenecen a la República de Chile». El 3 de mayo Argentina rechazó el laudo, declarando que: «ningún compromiso obliga a cumplir aquello que afecte intereses vitales de la Nación o que perjudique derechos de soberanía que no hayan sido expresamente sometidos a la decisión de un árbitro»².

Argentina no acusó al Reino Unido de otorgar preferencias a Chile durante los procedimientos ni después del laudo. En los años setenta, bajo el gobierno laborista, las relaciones entre Chile y el Reino Unido no estuvieron en tan buen pie como después de 1979,

tina tuvo la intención de rechazarlo para impedir el arbitraje del Beagle, pero ya era demasiado tarde para detener el procedimiento (Award, 1977; Yofre, 2000; Pastor, 1996: 263). Cabe señalar que este se caracterizó por largos testimonios, que duraron hasta julio de 1977.

² *La Opinión*, 4 de mayo de 1977.

con Thatcher³. A lo largo del procedimiento, Argentina atacó al Reino Unido alegando un supuesto deterioro de las relaciones bilaterales y propuso retirarse del arbitraje aduciendo que el árbitro se había convertido en una de las partes, e incluso propuso el retiro del Reino Unido por haber causado el empeoramiento de las relaciones bilaterales (Mares, 2001: 135). De acuerdo con esto, el Congreso argentino votó unánimemente en favor de suspender el proceso. Argentina aprovechó la ocasión para acusar al Reino Unido por la cuestión de las Islas Malvinas, ya que desde 1966 venía insistiendo en la descolonización de las islas. Las pretensiones argentinas recomenzaron en 1977—cinco años antes de la ocupación de 1982— hasta que los servicios británicos forzaron al gobierno a enviar una flotilla guerra a la zona⁴. Debido a esta situación, Argentina acusó al Reino Unido de manipular el laudo, entre otras razones para desviar la atención de las Islas Malvinas al Canal de Beagle. En todo caso, es improbable que el gobierno británico tuviese esa intención.

³ Las relaciones se habían deteriorado por la situación de los derechos humanos en Chile. Los británicos negaron la venta de armas a Chile, mientras que no las suspendieron a Argentina. Cubillos recuerda que en 1978 el Reino Unido llegó incluso a retirar su embajador en Chile, Reginald Seconde, como reacción por el caso de Sheila Cassidy (Tapia, 1997: 279).

⁴ Sobre las negociaciones acerca de las Malvinas en el periodo 1978-1980, ver Pastor (1996: 270-281) y Freedman (2005).

Según el Foreign and Commonwealth Office, al parecer la mayoría de los funcionarios simplemente ignoraban la existencia de las Malvinas y en los archivos nacionales británicos no se encontraron indicios de manipulación (Freedman, 2005).

¿Por qué Argentina rechazó el laudo? Infante (1984, 345-355) propuso dos explicaciones: la primera de ellas de carácter geopolítico, la segunda ética y política. Sin embargo, a nuestro juicio pueden identificarse varios factores más concretos que condujeron a esta decisión: el propio laudo, la defensa, la economía y la política interior.

Primero, en lo que se refiere al laudo, los argentinos consideraron que no era equilibrado, ya que dejaba todas las islas a Chile y por ende, como una decisión que atropellaba el llamado principio bioceánico de «Argentina en el Atlántico y Chile en el Pacífico»⁵, ya

⁵ El principio bioceánico tiene como origen el Tratado de Límites de 1881. Chile obtuvo la neutralidad argentina en la Guerra del Pacífico a cambio de un millón de kilómetros cuadrados de Patagonia chilena. Chile también estuvo de acuerdo con el principio de «la línea de las más altas cumbres que dividen las de aguas» para delimitar los Andes chilenos y argentinos, así como con el de «Argentina en el Atlántico y Chile en el Pacífico» con el fin de distinguir el mar de los dos países vecinos (Rojas-Medrano, 1979; Lacoste, 2003: 104). La Guerra del Pacífico duró de 1879 a 1884 y fue un acontecimiento funcional de la historia chilena, ya que en ella Chile se defendió de la agresión peruana y boliviana. La guerra marcó profundamente la psicología colectiva chilena, ya que contribuyó al alto prestigio de los militares, a

que permitía a Chile el acceso al Atlántico, y esto desafiaba el orgullo nacional argentino (Videla Cifuentes, 2008).

Segundo, en cuanto a la defensa, los argentinos percibieron el laudo como una amenaza estratégica y geopolítica, debido a que temían que en el futuro los chilenos, que consideraban «expansionistas», intentaran acrecer sus pretensiones marítimas en el Atlántico y en la Antártica. Esto habría tenido efectos nefastos para sus intereses económicos en el área, por demás rica en pescado, minerales y petróleo (Garrett, 1985: 82-86).

En su libro *Geopolítica*, Pinochet (1974: 165) escribió: «el país más fuerte militar o económica, diplomática o demográficamente, tendrá ventajas en los litigios de fronteras». En este caso, considerando las «leyes férreas de la geopolítica» y la paridad teórica entre las dos armadas, el país más fuerte era Argentina. Si Chile hubiese conseguido la soberanía sobre las islas, la marina argentina –bajo el «duro» almirante Massera– lo habría impedido pese a las ventajas teóricas de la armada chilena en el Estrecho de Magallanes. Para la marina argentina, había que detener a los chilenos antes de que llegasen a la capital federal.

la profunda desconfianza en los vecinos del norte y a la paranoia de una guerra simultánea contra los tres vecinos («HV3»– hipótesis vecinal 3), condenando a Chile al mismo destino de Paraguay después de la Guerra de la Triple Alianza (1865-70).

No cabe duda que la razón de existir de los militares es la guerra, por lo que los términos estratégicos y geopolíticos son de uso común (Infante, 1984: 345-350). Los años setenta fueron años de oro para el pensamiento geopolítico sudamericano (Pinochet Ugarte, 1974; Gomez Rueda, 1977; Child, 1979; Kelly-Child, 1988) y los militares del Cono Sur miraban sus relaciones recíprocas a través de un cristal geopolítico.

Tercero, por lo que toca a la dimensión económica, Garrett (1985, 82-84) comentaba:

Cada gobierno tenía mucho que ganar al mantener su posición. Argentina estimaba que el área del Canal de Beagle podía representar tres mil millones de dólares en pescado, minerales y petróleo; mientras que Chile esperaba satisfacer el 45% de su necesidades de petróleo... una vez que se instalaran las plataformas perforadoras⁶.

A esto se agregaba también la cuestión del territorio antártico correspondiente, donde –si bien en las dos décadas precedentes las relaciones entre ambos países habían sido de relativa cooperación– en los años setenta la mayoría de los países seguía especulando sobre los recursos minerales existentes

⁶ «El control del área era particularmente importante debido a que del lado del Pacífico la anchura de la plataforma continental de Chile –donde se realizan las perforaciones petrolíferas offshore– es de solo 20 o 30 millas, mientras que en la región del Canal de Beagle, ella se extiende por aproximadamente 200 millas» (Garrett, 1985: 82-84).

bajo los hielos antárticos. El Tratado Antártico de 1959 había «congelado» toda disputa hasta 1991, cuando la mayoría de los países comenzaron a valorar sus pretensiones y pidieron la renegociación del tratado (Pinochet de la Barra, 1999; Guzmán, 2004). En 1977, Chile y Argentina se asentaban después de los golpes de Estado de 1973 y 1976, respectivamente. La mayoría de los países se estaban recuperando de la primera crisis petrolera mundial de 1973 y el mundo estaba al borde de una segunda crisis en 1978-1979. La razón por la cual ambos países buscaban recursos escasos como minerales y petróleo se explica por sí sola, no solo desde una perspectiva de seguridad nacional, sino también debido al riesgo de escasez por crisis –o bloqueos– internacionales imprevisibles.

Cuarto, en lo respecta a la política interior, a menudo se ha partido de la base de que el gobierno militar argentino utilizó ambas crisis (Beagle y Malvinas) para mantener el apoyo popular, ya que ayudaban a formar un sentido de unidad nacional (Turolo, 1996). En Argentina, los militares alertaron a la población y promovieron una «psicosis de guerra». Por otra parte, en 1977 la economía evolucionaba en forma relativamente favorable, el proceso de reconstrucción nacional consiguió «estabilizar» el país, las masas populares ignoraban los excesos de la «guerra sucia» y Argentina estaba en punto de ser anfitrión y de ganar la copa del mundo de fútbol. Por todas estas razones, la tesis populista no parece del todo

adecuada para el caso argentino. Por el lado chileno, el régimen pinochetista no tenía nada que perder pintando a Argentina como agresor y convirtiéndola en chivo expiatorio. Sin embargo, ni Pinochet, ni las fuerzas armadas, ni la prensa lo hicieron, o de lo contrario lo hicieron dentro de un círculo muy pequeño, que no alarmó a la población (Tapia, 1997; Infante, 1984). Por estas razones, la tesis nacionalista tampoco parece aplicarse al caso de Chile.

Mientras que Argentina rechazó el laudo, Chile lo aceptó de inmediato. El 4 de mayo de 1977, Argentina propuso negociaciones bilaterales para resolver todos los diferendos fronterizos –no solo la cuestión del Canal de Beagle– intentando llevar la disputa del nivel jurídico al político. Entre julio y octubre, los dos países realizaron negociaciones bilaterales en Santiago: el general Villegas, por Argentina y el jurista Phillippi, por Chile, encabezaron las delegaciones respectivas (Garrett, 1985: 93; Escudé-Cisneros, 1998-2003). Tras el fracaso de las negociaciones Villegas-Philippi, los esfuerzos bilaterales continuaron con una serie de misiones diplomáticas chilenas en Buenos Aires. El general Toro Dávila lideró la primera de ellas y el general Contreras⁷ la segunda. El Almirante Torti condujo la primera misión argentina y propuso modificar el Tratado de 1881 y dejar todas las islas a Argentina (Infante, 1984: 343). La

⁷ El mismo General Manuel Contreras, entonces jefe de la DINA, profundamente involucrado en la represión y en la operación Cóndor.

«línea Torti» era claramente favorable a Argentina y no podía ser el punto de partida para los negociadores. El hecho de que las tres primeras misiones en Santiago fueran argentinas pareció sugerir que, al comienzo, Argentina intentó enfrentar la posición chilena. El hecho de que las dos últimas fuesen misiones chilenas en Buenos Aires sugiere que Chile estaba defendiendo su posición con urgencia. Entre julio y octubre, Argentina y Chile invirtieron sus posiciones relativas.

Mientras tanto, el 14 de julio la Junta Militar chilena promulgó el Decreto Supremo 216, mediante el cual Chile implementaba unilateralmente el laudo. La crisis escaló rápidamente: Bolivia, aliado tradicional de Argentina —esperando recuperar el acceso al mar—, junto con Perú —enemigo histórico de Chile— rompieron relaciones diplomáticas con Chile. Con las negociaciones estancadas, Argentina enviaba las primeras señales a Chile de que consideraba que la fuerza era una opción. En septiembre, movilizó parte de su flota e incrementó sus movimientos en el área del Estrecho de Magallanes.

Hasta fines de 1977, los dos regímenes conservaban mucho en común. No solo la forma de gobierno era análoga, sino también sus objetivos eran similares: guerra interior contra la subversión y el terrorismo, hasta eliminarlo; guerra exterior contra el comunismo, mientras seguían perteneciendo al movimiento de los no-alineados; modernización y liberalización de la economía; perspectiva conservadora respecto de las

relaciones entre clases sociales. Hacia fines de 1977, en ambos países prácticamente había terminado la guerra contra la subversión; la operación Cóndor (Paredes, 2004; Seoane-Muleiro, 2001; Miranda, 1989) había perdido impulso⁸, y la época de distensión había mejorado las relaciones este-oeste. Los dos países también habían negociado una propuesta que daba acceso a Chile a los puertos argentinos y viceversa, a fin de facilitar el comercio chileno en el Atlántico y el acceso de Argentina al Pacífico y a los mercados asiáticos. Según una fuente militar argentina de alto nivel, inmediatamente antes la crisis del Beagle, Pinochet pidió a Videla que eligiera dos entre cuatro puertos chilenos. Las negociaciones fracasaron debido al diferendo territorial.

Los militares argentinos pensaban crear su propio partido político y convocar a elecciones democráticas. En esa época, creyeron que tenían posibilidades de ganar las elecciones debido a lo que ellos percibían como un relativo éxito del proceso (Turolo, 1996: 111-

⁸ Entre el 13 y el 15 de diciembre de 1976, los «representantes de todos los países que participaban a la operación Cóndor se encontraron en Buenos Aires para discutir la situación creada por el caso Letelier», asesinato en Washington el 21 de septiembre de 1974 (*Le Monde diplomatique*, mayo 2001). Este encuentro parece marcar una fecha crítica después de la cual la operación Cóndor desapareció del marco de las relaciones políticas del Cono Sur. Se recuerda que uno de los primeros hechos de esa operación fue el asesinato del General Carlos Prats en Buenos Aires, el 30 de septiembre de 1974.

113). Si esta opción era sustentada por Videla, ella era refutada, entre otros, por el Jefe de la Marina, Massera⁹. Este ejemplo revela cómo los conflictos y la rivalidad al interior de las fuerzas armadas y entre las distintas ramas, especialmente entre la Marina y el Ejército, debilitó la posición negociadora de Argentina antes, durante y después de la crisis, hasta los últimos días del gobierno militar, en 1983. Según Mares, durante la crisis, Videla corrió el riesgo de encontrarse en minoría al interior de la Junta (2001: 144).

Las amenazas argentinas de recurrir a la fuerza militar a fines de 1977, en cierto modo moderaron, la posición chilena, hasta aquel momento inflexible; y persuadieron a los chilenos de que la crisis era seria, por lo cual se enviaron las misiones de Toro Dávila y Contreras. A pesar de que Contreras conocía bien a los argentinos, las misiones fracasaron. Llegó el tiempo de la diplomacia presidencial.

Continuación de la crisis

Del 19 de enero al 23 de diciembre de 1978¹⁰

El 19 de enero de 1978, los presidentes Videla y Pinochet se encontraron en la base aérea de Plumerillo en la provincia de Mendoza, para celebrar el primero de dos eventos clave: las cumbres de Plumerillo y de Puerto Montt. En el primero, Videla confirmó el rechazo del laudo. Pinochet le advirtió que corría el riesgo de transformar el área del Canal de Beagle en zona de conflicto y que esto contribuiría a desacreditar a ambos países a nivel

¹⁰ Sobre este período Pastor (1996), Menéndez (Menéndez, 1981; Tapia, 1997), Turolo (1996), Escudé y Cisneros (1998-2003) han realizado detalladas reconstrucciones del punto de vista argentino; y por su cuenta Tapia (1997) hizo lo mismo desde la perspectiva chilena. De particular interés son las entrevistas con el general retirado argentino Menéndez y con el entonces canciller chileno Cubillos. Si la versión académica de Escudé y Cisneros, *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina*, centra más la atención en el proceso de toma de decisiones de Argentina, adhiriendo a los análisis de Princen (1988) y Russell (1990), una versión más accesible de Turolo, *De Isabel a Videla*, ofrece perspectivas interesantes sobre la visión de los militares, si bien algunos detalles históricos suelen parecer aproximativos. Mares en su *Violent Peace* (2001, ch. 6), y Garrett con su artículo «The Beagle Channel Dispute, Confrontation and Negotiation in the Southern Cone» (1985), presentan útiles puntos de vista, especialmente para lectores extranjeros poco familiarizados con la historia y la política del Cono Sur.

⁹ En febrero 1978, Massera acusó a Videla y al ejército, de falta de nacionalismo y de no respetar los derechos humanos (*Le Monde diplomatique*, abril 1978).

internacional y podía convertirse en causa de una posible guerra derivada de un incidente fronterizo. Videla aseguró que habían considerado atentamente todos los riesgos y que las negociaciones políticas eran la única solución posible (Turolo, 1996: 115). Respondiendo a las preocupaciones de Pinochet, Videla propuso la creación de dos comisiones: la primera tendría 60 días para estudiar y crear un mecanismo que evitara incidentes fronterizos, mientras que la segunda debía encontrar una solución política en el plazo de 180 días.

De súbito Chile parecía estar en una posición difícil: era estratégicamente inferior y no era capaz de trascender el nivel jurídico, en cambio Argentina fue firme y agresiva. Sin embargo, Chile y no Argentina promovió los últimos esfuerzos diplomáticos: Pinochet —y no Videla— había insistido la necesidad de evitar una guerra entre las dos naciones. A final del encuentro, Pinochet de pronto dibujó un mapa del área, trazando una línea vertical que dividía las islas *Evout* y *Barnevelt*.

La propuesta de Pinochet era similar a la «línea Torti» y era extremadamente favorable a Argentina, por lo que Videla aceptó súbitamente el dibujo y se mostró entusiasta. La estrategia de Argentina consistía en amenazar a Chile con una acción militar: no una simple ocupación de las islas, sino una verdadera invasión a Chile. Pinochet cometió el error de desviar su posición inflexible de los meses anteriores, al dar mucha libertad de acción, lo que intensificó la amenaza de invasión. Este gran error

fue uno de los factores que llevaron a los dos países al borde de una guerra total (Bignone, 1992: 50-51; Passarelli, 1998: 52-53; Turolo, 1996: 114-117)¹¹.

El 25 de enero de 1978, inmediatamente antes de que entrase en vigor el laudo, Argentina lo rechazó de manera definitiva y declaró oficialmente que era «insanablemente nulo»¹². Al día siguiente, Chile reafirmó que el laudo era «obligatorio y no susceptible de apelación». ¿Por qué Chile no pudo recurrir unilateralmente a la Corte Internacional de Justicia de La Haya, considerando que el Tratado General de Arbitraje de 1972 le daba el derecho de hacerlo? Según Escudé y Cisneros (1998-2003), los chilenos no tenían los argumentos para recurrir a La Haya debido a que los argentinos habían declarado el laudo nulo, aunque técnicamente no lo habían rechazado. A principios de 1978, la cumbre de Plumerillo y la declaración de nulidad del laudo no eran los únicos elementos que deterioraban las relaciones bilaterales: la prensa argentina había empezado una intensa campaña contra las pretensiones chilenas, acusando al país trasandino de expansionismo¹³.

¹¹ Esta versión del encuentro de Plumerillo es confirmada por fuentes militares chilenas.

¹² Véase también *Le Monde diplomatique*, enero de 1979.

¹³ No es fácil juzgar si era el gobierno argentino el que maniobraba a la prensa. Es cierto que el gobierno militar argentino persiguió y ejecutó a varios periodistas, especialmente durante los primeros dos años del proceso (Seoane-Muleiro, 2001).

El 4 de mayo, los dos presidentes se encontraron en Chile, precisamente en Puerto Montt, para formalizar las comisiones binacionales y discutir la propuesta de Pinochet. Este dijo de inmediato a Videla: «Ese dibujito, rómpalo, porque no me lo aceptan». ¿Por qué los chilenos rechazaron la propuesta de Pinochet? Turolo (1996: 115-116) sugiere que Pinochet tenía «dos caras» –hombre aparentemente respetable, pero realmente mentiroso y engañoso–, o bien no siempre tenía el control de la Junta. En teoría, Pinochet gozaba de una absoluta unidad de mando¹⁴ (Tapia, 1997: 272) y se encon-

traba en una posición de mayor fuerza respecto de Videla, que tenía que luchar al interior de una Junta pluralista. ¿Por qué ante los ojos de los argentinos Pinochet no pudo reconsiderar su propuesta, junto a otros militares y juristas, y decidió rechazarla y entregar a otros la responsabilidad? Chile había ganado el laudo y Argentina lo había rechazado, pretendiendo tener la soberanía sobre todas las islas y amenazando de una invasión. Chile puso sobre la mesa tanto la fuerza moral del laudo cuanto la fuerza económica de un posible embargo internacional, que habría apoyado al país que defendía –Chile–, y no al que agredía –Argentina– así como su fuerza militar. Chile llamaba al bluff.

El encuentro procedió y se formalizaron las comisiones. Los argentinos, optimistas del encuentro, consideraron que a través de la segunda comisión, encargada de encontrar una solución política, habían conseguido llevar el debate del nivel jurídico al plan político. Sin embargo, en un comunicado de prensa entregado después de firmar el Acta de Puerto Montt, Pinochet pronunció un discurso preparado previamente por un jurista en que propugnaba inflexiblemente las pretensiones jurídicas de su país y dejaba frustrados a los argentinos, con la impresión de haber sido traicionados. Sorprendido, Videla improvisó una respuesta, en la que se acercaba a la posición de los «halcones»

También se ha demostrado que el gobierno aprovechó la escasez de celulosa para controlar indirectamente varios periódicos, como se desprende del escándalo Papel Prensa de 1979, que involucró a La Nación, Clarín y La Razón, entre otros. Por otra parte, una mirada a La Nación de Buenos Aires de la época muestra cierta superficialidad en la cobertura internacional y una propensión al escándalo, especialmente en las relaciones con Brasil y Chile (Lavopa, 1995; Knudson, 1997; Cox, 1980). En consecuencia, el alarmismo de la prensa argentina podía fácilmente depender de factores intrínsecos a la cultura periodística argentina y no solo de la intervención directa o indirecta del gobierno. El papel de la prensa chilena da la impresión contraria: si bien los periodistas a menudo tenían conciencia de la gravedad de la crisis, la prensa evitó alarmar a la población (Tapia, 1997).

¹⁴ En realidad, al interior de la Junta militar chilena existían problemas y rivalidades, aunque menores que en la Junta argentina. Entre marzo y julio de 1978, el general de aviación Gustavo Leigh intentó una maniobra parecida a la de Massera pocos meses antes en Buenos Aires (*supra*). El

resultado fue que Leigh y dieciocho oficiales de aviación de alto nivel fueron llamados a retiro.

entre los militares (Pastor, 1996: 263; Escudé-Cisneros, 1998-2003). Fue entonces que la Junta argentina amenazó a Chile con una acción militar, buscando forzar al amenazado a desviar su posición inflexible.

En el mes de mayo, inmediatamente después de Puerto Montt y del discurso de Pinochet, la Junta argentina asistió a una manifestación especialmente imponente de la fuerza Aérea y más tarde ese mismo mes, el Ejército y la Aviación organizaron expediciones masivas en el sur del país. Durante el verano, prosiguieron las negociaciones políticas en el seno de la segunda comisión, pero al aproximarse el otoño, Chile fue inflexible y mantuvo su posición legalista, mientras que Argentina estaba cada vez más determinada a intervenir manu militari. Especialmente la Marina consideraba que la cuestión correspondía a su competencia y creía poder resolverla fácilmente con un golpe de mano (Pastor, 1996; Escudé-Cisneros, 1998-2003).

En septiembre, Argentina empezó a hacer ejercicios de oscurecimiento tanto en las provincias como en la Capital Federal, con el fin de preparar a la población para un conflicto y alimentar la psicosis de guerra¹⁵. Pinochet nunca

quiso ni necesitó alertar a la población civil: «el chileno no necesitaba que le hubiesen hecho propaganda un año antes para salir a pelear y defender su territorio, el chileno reacciona inmediatamente» (Tapia, 1997: 271).

En octubre, la crisis estalló otra vez. La preparación para la guerra fue sustituyendo gradualmente las negociaciones políticas. La mayoría de las vías de comunicación transandinas fueron interrumpidas y se cerraron casi todos los pasos de montaña¹⁶. Chile puso minas a lo largo de la frontera y los dos países reactivaron sus sistemas de alianzas¹⁷. Entre el 10 y el 20 de octubre, el Jefe del Estado Mayor de las fuerzas armadas chilenas, general Washington Carrasco, visitó Brasil; el 12 y 13, altos oficiales de Argentina, Perú y Bolivia se encontraron en La Paz; el 20, Argentina envió una misión a Asunción. El 25, Videla se entrevistó con Pereda¹⁸ en Yacuba (Bolivia), y el mismo día, Argentina firmó un acuerdo

(2008), antiguo subsecretario de relaciones exteriores y jefe negociador chileno en época de la mediación papal en el conflicto (infra).

¹⁶ A menudo los pasos se cerraron con piedras, por lo que las calles ya no tenían razón de ser. Por razones de seguridad la mayoría de los pasos fueron declarados «secretos de Estado» y permanecieron cerrados hasta los años noventa (Lacoste, 2003). El único que quedó abierto durante los años ochenta fue el de Cristo Redentor y el túnel que conecta Santiago con Mendoza.

¹⁷ *Le Monde diplomatique*, enero de 1979.

¹⁸ Juan Pereda Asbún, presidente de Bolivia hasta el 24 de noviembre de 1978.

¹⁵ Cabillos pensaba: «Era tan ridícula la forma en que Argentina se preparaba para esto... crearon la mística de guerra... ellos sabían que los aviones de combate nuestros no podían despegar de Chile, llegar a Buenos Aires, bombardear Buenos Aires y regresar. Tendrían que haber aterrizado en Esciza, eso era ridículo». (Tapia, 1997: 270). Véanse también las recién publicadas memorias del general Videla Cifuentes

de cooperación nuclear con Perú. Por otra parte, una misión militar brasileña visitó Chile. Hacia fines del mes, el sistema tradicional de alianzas, que se remontaba a la Guerra del Pacífico, estaba reactivado: Argentina, Perú y Bolivia por un lado; Chile, Brasil y Ecuador por el otro, Paraguay y Uruguay neutrales.

El 2 de noviembre terminó el mandato de la segunda comisión mixta y no se llegó a ninguna solución política (Memorias, 1978: 447), marcándose así el final de las negociaciones formales y llevando a la movilización general en Argentina. Al día siguiente, Pinochet envió un telegrama, que fue publicado en la prensa argentina, en el que sugería «la mediación por un gobierno amistoso, en lugar de renovar las negociaciones bilaterales que se habían demostrado inútiles» (Mares, 2001: 147).

En noviembre, la situación estalló. Chile estaba «dispuesto a aceptar el Papa como mediador», insistiendo en la inalterabilidad del laudo. Los argentinos dieron la bienvenida a la propuesta chilena de reabrir negociaciones políticas más favorables a Argentina, aunque al mismo tiempo se mostraron escépticos sobre la mediación papal: «a los uniformados los aterraba la posibilidad de que el Sumo Pontífice hiciera pública una opinión contraria a la posición argentina. ¿Cómo rechazar una opinión semejante viniendo de quien vendría?» (Turolo, 1996: 119)

A principios de diciembre, la paranoia de la guerra recobró impulso

en Argentina. El 11 del mes, Pastor y Cubillos, los dos ministros de relaciones exteriores¹⁹, se reunieron en Buenos Aires y llegaron al acuerdo de que el Papa sería el posible mediador y de que había que mantener los principios de Puerto Montt; sin embargo, no concordaron respecto de los principios para delimitar el Beagle. Pastor lamentaba la total intransigencia chilena (1996: 264). Al parecer, los chilenos tenían informaciones de buena fuente sobre Argentina, en especial sobre sus planes de guerra y decisiones²⁰. Cubillos había escuchado voces de la Secretaría de Estado del Vaticano, que aparentemente estaba muy bien informada sobre ambos lados, acerca del plan de «guerra total» de Argentina, también conocido como «Operación Soberanía» (Tapia, 1997: 134).

El plan de guerra argentino consistía en que mientras la Marina enfrentaba a sus adversarios en el Estrecho de Magallanes y las fuerzas aéreas destruían los abastecimientos vitales y las líneas de comunicación de Chile, el ejército,

¹⁹ Carlos Washington Pastor fue canciller argentino de noviembre de 1978 a 1981; Hernán Cubillos, fue su homólogo chileno de 1978 a 1980.

²⁰ Confirmado en entrevistas reservadas con fuentes chilenas dignas de crédito. Argentina y Chile tienen una larga historia de espionaje recíproco. En los años treinta, el propio joven Perón espía a los chilenos cuando era agregado militar de la embajada argentina en Santiago. A lo largo de la historia, ambos países periódicamente han encontrado espías en sus respectivos territorios (Escudé-Cisneros, 1998-2003).

al mando del General Menéndez, debía cruzar los Andes para ocupar Santiago y posiblemente Valparaíso en una operación de Blitzkrieg (Turolo, 1996; Tapia, 1997).

Menéndez comentó: «En seis horas estamos en Santiago, tomamos champagne en La Moneda y después nos vamos a orinar a Valparaíso» (Lacoste, 1998: 125). Sobre los planes chilenos Pinochet comentó:

Si hubiera estallado la guerra, Chile pretendía, si era posible, llegar hasta Bahía Blanca y de ahí cortar todos los pasos al sur. Yo tenía 10.000 hombres ahí, en el sur. [Yo advertí a] Videla: «Mira, la guerra no será allá (en el sur), como dicen ustedes... será desde Arica, desde Sapaleri, hasta el Cabo de Hornos. La guerra es total... Un triunfo chileno sobre la Argentina hubiera sido muy difícil, y se hubiera tratado de una guerra de montonera, matando todos los días, fusilando gente... y al final, por cansancio, se habría llegado a la paz... No fuimos a la guerra, pero si hubiéramos entrado en ella nos habríamos empeñado por todos los medios y a lo mejor no nos habría ido tan mal. Me habrían levantado una estatua, que es a lo que aspira todo militar²¹.

El 12 de noviembre, para poner fin a la intransigencia chilena, los argentinos decidieron tomar las islas (Mares, 2001). El mismo día, el Papa envió un telegrama, publicado en la prensa, dirigido a Videla y Pinochet, en que les pidió hacer los mayores esfuerzos por encontrar una solución pacífica

a la crisis. Ejecutando la decisión del 12, el 14 de noviembre Videla dio la orden de invasión inmediata, antes de encontrarse con el nuncio apostólico, Pio Laghi²². Videla «le informó que había dado órdenes de ocupar las islas la semana siguiente» (Mares, 2001).

Videla insistió en que era necesario evitar la guerra y pareció ser una palomita blanca en comparación con los Comandantes en jefe de las tres ramas de las fuerzas armadas: Viola al frente del Ejército, Agosti de las fuerzas aéreas y Lambruschini al frente de la Marina. Turolo señala que la situación de los comandantes era más difícil (1996: 120), habían dado órdenes de atacar y se estaban arriesgando a dar una contraorden, con lo cual podían perder toda credibilidad. En el caso contrario, la gloria habría sido de los Lambruschini y Menéndez (Menéndez, 1981; Tapia, 1997: 248-251).

Según Mares (2001) días antes, con el fin de ejercer presión sobre Chile, Videla y Pastor comenzaron contactos diplomáticos con Estados Unidos, la Unión Soviética, algunos países europeos, el Vaticano y las Naciones Unidas. La respuesta inicial del Pentágono fue lenta, debido a la situación de los derechos humanos y al bloqueo de armas. Al principio, los Estados Unidos se limitaron a promover el recurso a los buenos oficios de la Organización de

²¹ *Clarín*, 25 de noviembre de 1999.

²² Embajador del Vaticano en Buenos Aires, 1974-1980. Para una crítica del papel de la Iglesia católica en Argentina, véase por ejemplo «Represión e iglesia en Argentina» (1987), en *Principios*, n. 28, pp. 17-27.

los Estados Americanos (Pastor, 1996: 263)²³. El Embajador de Estados Unidos en Buenos Aires, Raúl Castro, había enviado varios informes de alerta y comenzó a contactar a los sectores más belicistas, concluyendo que los Estados Unidos debían intervenir con la máxima urgencia (Tapia, 1997: 234-239)²⁴. Entre el 15 y el 16 «el Departamento de Estado, la Casa Blanca y el Congreso aclararon que cualquier uso de la fuerza armada sería condenado por los Estados Unidos y sus aliados; el gobierno de Estados Unidos pidió al Vaticano actuar rápidamente» (Mares, 2001).

El «día D» y la «hora H» eran el 22 a las 22, una noche de verano austral. Ambos lados preparaban la guerra. Los chilenos esperaban una guerra larga, mientras que los argentinos confiaban en una victoria rápida. Conocían sus dificultades para vencer a la marina y la aviación chilenas, debido a una paridad substancial; hubiera sido todavía más difícil atravesar los Andes e invadir el valle central de Chile, no solo por tratarse de terreno hostil sino también por la disciplina y la superioridad del Ejército chileno²⁵. Los chilenos temían

un ataque peruano o boliviano, y por ello mantenían la mayor parte de sus fuerzas en el norte: un ataque simultáneo de las fuerzas argentinas, peruanas y bolivianas –la Hipótesis Vecinal 3 (HV3)– siempre ha sido la pesadilla de los estrategas militares chilenos²⁶. Por lo tanto, buscaron el apoyo brasileño: en el caso de una guerra general, Brasil habría intervenido en favor de Chile y, como fue confirmado en una entrevista con un oficial chileno de alto nivel, Brasil le vendió municiones, rifles y ametralladoras, cuando nadie vendía armas a Chile.

El día 20, el gobierno Chile invitó a Argentina a continuar las negociaciones y aceptar la mediación vaticana. A la mañana siguiente, los chilenos recibieron el rechazo argentino, formulado en un lenguaje extremadamente duro, que acusaba a Chile de intransigencia y falta de flexibilidad (Tapia, 1997: 161). Mientras tanto, Argentina redactaba la declaración de guerra y Chile recurría al Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos. Las

²³ *Le Monde diplomatique*, enero 1979.

²⁴ Pocos días después el subsecretario de agricultura norteamericano llegó a Argentina y casi causó una crisis diplomática debido a que al volar de Buenos Aires a Ushuaia las turbulencias hicieron que el avión ingresara al espacio aéreo chileno. Los servicios chilenos detectaron el avión e interpretaron el hecho como un señal de que Estados Unidos apoyaba a Argentina (Tapia, 1997: 239, 246).

²⁵ Los argentinos estaban al ataque y no

tenían la clásica superioridad de «3 a 1», tradicionalmente considerada necesaria –en teoría militar– para invadir y ocupar un país.

²⁶ «Un problema central en el planeamiento militar chileno es la HV3, esto es, la hipótesis de un conflicto contra los tres países vecinos al mismo tiempo, es decir, lo que pasó a Paraguay a fines del mil ochocientos: los militares chilenos saben que no pueden combatir en una misma guerra a tres enemigos» (Luís Maira, entrevista privada).

dos fuerzas armadas se encontraban en pleno estado de alerta (Mares, 2001)²⁷.

El mismo día, Videla informó a Laghi que si el Vaticano no intervenía de inmediato se iniciaría la guerra: «no estamos a días sino a horas» (Pastor, 1997: 265; Turolo, 1996: 119). Esa tarde el Nuncio envió un mensaje urgente al Vaticano. El 21, el recién elegido Papa Juan Pablo II se dirigió al Colegio Cardenalicio²⁸ y anunció que había designado un delegado, el Cardinal Antonio Samoré (Pastor, 1997: 265). Samoré se preparó para partir a Buenos Aires, primer paso a la mediación²⁹. La noticia llegó a mediodía a Buenos Aires y a Santiago. Chile aceptó de inmediato, mientras que la Junta Militar argentina se tomó todo el día para tomar una decisión.

Mientras las discusiones continuaban en Buenos Aires, el «reloj de la guerra» no paraba. A las 22 horas la Marina argentina atacaba y en el sur, las

primeras tropas atravesaban la frontera con Chile. El mensaje de que «aviones... han detectado en la zona de Cabo de Hornos, navegando en posición de ataque a la flota de guerra de la marina argentina» (Tapia, 1997: 163) se difundió en los altos mandos chilenos. Una inesperada tormenta estival impidió el ataque y el choque de las dos marinas fue providencialmente evitado.

Entre la tarde, noche y madrugada del 23, la Junta argentina decidió aceptar la mediación y los Comandantes de las tres fuerzas ordenaron movilizar las tropas. Argentina no podía sustentar los costos de una guerra total y Chile había llamado el bluff.

Por un lado, los chilenos evitaron, a un costo relativamente bajo, una guerra que hasta habrían podido perder a un precio extremadamente alto; por el otro, Argentina reabrió las negociaciones, que no eran tan favorables a Chile como lo había sido el laudo británico. Amenazando la invasión, los militares argentinos consiguieron reabrir las negociaciones políticas, a través de una mediación que «ayuda a buscar una solución, pero no la impone» (Turolo, 1996: 119). Los argentinos debieron pagar, por la contraorden, el precio de cierto descrédito de los militares. Luego se estimó que la Operación Soberanía costó al país unos 3 mil millones³⁰. Al mismo tiempo, la segunda y más terrible crisis petrolera estaba por golpear a América Latina. No cabe duda que ambos países corrieron un riesgo enor-

²⁷ Para una buena reconstrucción de los hechos del campo de batalla, ver la película *Mi Mejor Enemigo*, dirigida por Alex Bowen (2005).

²⁸ Una transcripción parcial del texto figura en Tapia (1997: 168-169, 240-248). Al mismo tiempo, el Cardinal Raúl Silva Henríquez también solicitó la intervención del Santo Padre (Videla Cifuentes, 2008).

²⁹ Tapia (1997: 168-171) narra los hechos del día del ataque, pintando la intervención vaticana como un «segundo milagro» ya que según sus palabras, el primero había sido una tormenta. El Vaticano intervino antes de la tormenta y fueron los propios argentinos los que escogieron entre guerra y mediación.

³⁰ *Le Monde*, 29 de diciembre de 1978.

me, sabiendo que no obtendrían relativamente nada. Estos eventos pudieron fácilmente provocar una guerra, pero no lo hicieron, casi por casualidad.

*De la casi-guerra a la mediación
Del 23 de diciembre de 1978 al 25
de marzo de 1980*

La noticia de la mediación papal y de su aceptación por ambos lados dio una sensación de triunfo (Turolo, 1996: 125), especialmente en Buenos Aires. El 27 de diciembre de 1978, según Samoré, en ambos países la vida tenía un ritmo casi normal (Tapia, 1997: 178). Al encontrarse con Videla y Pastor, Samoré preguntó si realmente no había «ni una lucecita de esperanza» para resolver la disputa y cuál era el resultado mínimo que se podía aceptar. «Una línea con asentamientos en tierra firme que frenara definitivamente los intentos de expansión chilena en el Océano Atlántico», fue la respuesta de los argentinos (Turolo, 1996: 121). Argentina pidió a Laghi que firmara un documento en que se declaraba que Samoré había entendido la posición argentina y que él la habría comunicado al Papa. En Buenos Aires, Samoré habló con Videla, Pastor y Laghi, así como con la Junta. Según Pastor (1996: 266), Samoré estaba convencido de que Argentina y Chile eran como un «bife de chorizo» con toda la carne del lado argentino. El 28, Samoré viajó a Chile donde confesó a Cubillos que su «misión no tenía ninguna posibilidad de éxito debido a la

rigidez e inflexibilidad» de Chile (Tapia, 1997: 179).

Pastor recuerda que al volver a Argentina Samoré «regresó desanimado y hasta asustado por la severidad con que lo tratan y la inflexibilidad de sus interlocutores» (1996: 266). Chile no tenía nada que perder con su rigidez. En Buenos Aires, los argentinos pidieron que les diera una garantía de que sus legítimas reclamaciones serían respetadas. Esto molestó a algunos negociadores, inclusive a Pastor, quien envió emisarios, de manera privada, tanto a Laghi como a Samoré, pidiéndoles que hicieran algo por calmar los espíritus (1996, 266). «No hay más remedio que rechazar el laudo, o impedir, de toda forma posible, que el gobierno chileno extienda sus pretensiones del otro lado del Cabo de Hornos hacia el Atlántico» comentaba el diario bonaerense *La Opinión*³¹, mientras el ex presidente Levingston declaraba: «La integridad de la nación será preservada a cualquier precio y esta es una obligación internacional no negociable»³². Para muchos, la guerra era todavía una opción.

Samoré viajó a Santiago y de vuelta a Buenos Aires trató de persuadir a ambos lados que firmaran un acuerdo que permitiera la mediación. Desde el principio, en sus propias palabras, «en Chile había un muro, mientras que en Argentina, nunca sabía quién era el interlocutor ni qué querían». Un negociador argentino testimonió: «A

³¹ 7 de enero de 1979.

³² *El Mercurio*, 8 de enero de 1979.

pesar de que Samoré negociaba con el Presidente, siempre este último recibía sugerencias de la Marina... Cada fuerza seguía su lógica y quería prevalecer. Era una cuestión de prestigio»³³.

El acuerdo de mediación, también conocido como «Acta de Montevideo», fue firmado el 8 de enero de 1979. El acuerdo tenía dos partes: la solicitud de mediación y el texto del acuerdo, así como el compromiso de los dos lados de «resolver un diferendo a través de la mediación» (Acta, 1979: párr. 11; Fogg, 1983: 268; Passarelli, 1998: 276), en otras palabras, no producir ningún hecho militar (Pastor, 1996: 267). Inicialmente las partes querían publicar sólo la primera parte del acuerdo *ad scandalum vitandum*. Cubillos se negó a firmar un pacto secreto y las partes acordaron hacer pública la totalidad de texto del acuerdo (Tapia, 1997; Pastor, 1996: 267).

El 24 de enero, Juan Pablo II aceptó oficialmente la mediación y en febrero, durante su visita a México, anunció que las negociaciones estaban listas. En abril, ambos lados nombraron a sus respectivos negociadores: Enrique Bernstein, un diplomático experto, por Chile, y Guillermo Moncayo, un jurista, por Argentina (Tapia, 1997, 201). Originalmente el lúcido Pedro Frías asistía a Moncayo, mientras detrás de Bernstein se celaba el General Ricardo

Etcheverri Boneo, los «ojos y oídos» de los militares³⁴.

El 23 de abril se celebró en Roma el primer encuentro (Benadava, 1999; Pastor, 1996: 268). Al principio, Samoré evitó referirse a las cuestiones más contenciosas, concentrándose en crear confianza entre las partes. Para los dos países, la estructura de las negociaciones era aproximadamente la misma: los negociadores de Argentina recibían instrucciones directamente de la Junta y los de Chile las recibían de Pinochet. Las delegaciones rendían informes periódicos a los respectivos ministerios de relaciones exteriores. Chile se mantuvo inflexible y Argentina mostró varias caras³⁵ lo que reducía su poder de negociación—. A mediados de 1979 los negociadores recordaron que «el mediador ayuda y guía para encontrar

³⁴ Mientras tanto, el 21 de marzo de 1979 Cubillos había sido reemplazado por René Rojas Galdames como Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, a raíz del fracaso de la visita de Pinochet a Filipinas (Tapia, 1997: 209).

³⁵ El rector honorario de la Universidad Católica de Argentina, Monseñor Octavio Derisi, recuerda que Cubillos era de las *palomas*, mientras que del lado argentino, el Secretario del Ejército, general Reinaldo Bignone, y el Secretario de la Aviación, general Brigadier Basilio Lami, eran de los halcones, sin considerar que más tarde sería Comandante en Jefe del Ejército el teniente general Leopoldo Galtieri, considerado como el «duro entre los duros» (Tapia, 1997: 203-205). «Pinochet tenía algunas diferencias de forma y fondo con otros miembros de las Fuerzas Armadas», pero nada comparable con lo que acontecía en Buenos Aires (210).

³³ Entrevista reservada; ver también la entrevista de Cubillos en Tapia (1997: 202).

una solución, pero no es un árbitro»; en julio Chile presentó su documentación (Tapia, 1997: 200), y Argentina lo hizo en seguida, denunciando la manipulación de los mapas³⁶. Entretanto, Samoré dijo: «Los argentinos no me entregaron un solo mapa anterior a 1955, uno solo, probatorio de que las Islas Nueva, Lennox y Picton estaban bajo su soberanía»(203).

Las negociaciones a menudo se tornaban tensas y en varias ocasiones Samoré tuvo que recordar a las partes su compromiso moral. Por esta razón, en septiembre los negociadores optaron para una «pausa de reflexión». A mediados de 1980, finalmente los negociadores enfrentaron las cuestiones más delicadas, es decir, las respectivas pretensiones territoriales. Antes del mes de noviembre, el Vaticano presentó una propuesta de acuerdo. La posición de los argentinos en las negociaciones era bastante frágil. A diferencia de Chile, nunca habían ocupado efectivamente las islas. El Vaticano percibía Argentina como rica y Chile como pobre: «hay que dar más al que tiene menos». Además, algunos mapas oficiales argentinos mostraban las islas del Canal de Beagle bajo jurisdicción chilena (Pastor, 1996: 269). Samoré pensó que, si bien Argentina no tenía derecho a ganar

tierra, podría pretender ser compensada con mar (Turolo, 1996: 123). Además, percibió que Argentina, –desde su posición de fragilidad– nunca habría aceptado una solución no favorable. Asimismo, a finales del año se produjo el primero de una serie de incidentes en clara violación del Acta de Montevideo: un caso de espionaje militar chileno en la provincia de Santa Cruz³⁷ (Tapia, 1997: 204).

El 12 de diciembre, el Santo Padre hizo pública solemnemente su propuesta, muy semejante al laudo británico. Se dejaban las islas y los derechos marítimos limitados a Chile, creando el así dicho «Mar de Paz» fuera del área disputada. El Papa se refirió a la propuesta como:

Justa, porque desde el punto de vista jurídico no se podía apoyar la pretensión argentina en cuanto a posesiones terrestres; ecuánime, porque, en compensación de la tierra que no daba a la Argentina, le entregaba una gran extensión de mar; honorable, porque todos habían salido bien del problema³⁸.

A los argentinos no les gustaba esta solución, pero tenían que aceptarla no solo por su débil posición en las negociaciones, sino por la frágil situación de Videla a fines de 1980 –que también debería enfrentar a Pinochet, que acababa de ser confirmado como Jefe de Estado por los diez años siguientes como consecuencia de la nueva constitución y del

³⁶ Tras comparar los mapas originales de los Archivos Nacionales en Buenos Aires y Santiago, el historiador argentino Pablo Lacoste afirmó que varios mapas fueron adulterados y que los argentinos escondieron todos los mapas que confirmaban la versión chilena.

³⁷ Véase *supra*.

³⁸ Turolo (1996: 123).

plebiscito—, y de la creciente crisis económica y financiera (Escudé-Cisneros, 1998-2003). Chile aceptó la propuesta de inmediato y de manera entusiasta; Argentina no perdía nada rechazándola. El 25 de marzo, tres días antes de que Videla perdiese la presidencia de la Nación, Argentina anunció pública y oficialmente el rechazo de esta primera propuesta papal.

Después del diferendo territorial y la casi-guerra, las negociaciones se alejaron del debate político; en Argentina adquiría importancia el acercamiento con Brasil respecto de la presa de Corpus/Itaipú y la situación económica cada vez más problemática³⁹. Las negociaciones adquirieron dinámica propia y tanto en las agendas y como en la prensa de ambos países quedaron bajo la sombra de cuestiones más urgentes. Los intercambios vecinales entre Argentina y Chile se normalizaron relativamente, pero a un nivel inferior, en comparación con el periodo anterior a la crisis.

Las nuevas negociaciones y la guerra de las Malvinas

Del 25 de marzo de 1980 hasta el verano de 1982

El 29 de abril, después de otro episodio de espionaje chileno, la caída de

Videla y la instalación de Viola⁴⁰, las fronteras volvieron a cerrarse (Memorias, 1981: 11; Escudé-Cisneros, 1998-2003). Bajo Viola, las negociaciones en el Vaticano no avanzaron. Mientras tanto, Oscar Camillón, el delegado para las relaciones exteriores, intentó sin éxito alguno relanzar el proceso negociador (Russell, 1996: 315). La razón fundamental de este fracaso se explica no solo por la persistencia de sectores favorables a una solución armada del diferendo en los países y gobiernos, sino también porque la crisis económica ocupaba el primer lugar en la agenda de los dos gobiernos y porque los crecientes fenómenos de espionaje (Memorias, 1981) estaban generando más interés que las negociaciones vaticanas (Tapia, 1997: 204).

En diciembre de 1981, Galtieri accedió al poder en Argentina⁴¹. Según un antiguo diplomático chileno, él fue «el dictador más estúpido que Argentina pudo tener». El Tratado General de Arbitraje de 1972 terminaba el 27 de diciembre de 1982 y Argentina había decidido no renovarlo, por lo que a Chile le habría sido imposible recurrir unilateralmente a la Corte Internacional de Justicia. Por lo tanto, la mediación papal era la única manera de conseguir un acuerdo. Nuevos episodios de espionaje y de violaciones territoriales

³⁹ Pocos días antes del rechazo, el fracaso del Banco de Intercambio Regional marcó los comienzos de la crisis bancaria de marzo de 1980.

⁴⁰ Roberto Viola fue presidente de Argentina del 29 de marzo al 11 de diciembre de 1981.

⁴¹ Leopoldo Galtieri ocupó la presidencia del 22 de diciembre de 1981 al 18 de junio de 1982.

perturbaron las relaciones diplomáticas bilaterales (Memorias, 1982: 22-24). En Argentina, las turbulencias económicas, el populismo de Galtieri y de la Multipartidaria –coalición de partidos de oposición–, llevaron a la ocupación de las Malvinas el 2 de abril de 1982 (Pastor, 1997: 270-281; Moneta, 1982 y 1984; Freedman, 2005). El mismo día, Galtieri anunció a la nación que la ocupación de las islas era el «premier paso para recuperar los territorios históricamente argentinos»⁴².

¿Esta declaración de Galtieri implicaba también los diferendos territoriales con Chile o solo las Islas Malvinas? El rechazo del Tratado de 1972, las violaciones territoriales, la ocupación de las Malvinas y la reclamación de los territorios históricos preocuparon a Chile. Los líderes argentinos lo sabían. Por una parte, temían que los chilenos pudieran aprovechar esta situación para invadirlos, por lo que dejaron la mayoría de sus tropas en las fronteras con Chile y, según el experto en relaciones entre civiles y militares, Andrés Fontana, Argentina cavó trincheras para permitir a los tanques dirigirse hacia Chile y no hacia las Malvinas⁴³. Por otra parte, los chilenos temían ser los próximos en la lista. Pinochet comentó:

Optaron por comenzar el conflicto con Inglaterra, creyendo ganarle muy pronto para enseguida atacar a Chile ...Galtieri no pensó jamás que los

británicos cruzarían el Atlántico para recuperar las islas⁴⁴.

Según las palabras de un general chileno⁴⁵, cuando Thatcher decidió recuperar las islas, la «neutralidad favorable de Chile y su esperanza de una victoria británica estaba justificada». Argentina reaccionó mal a la neutralidad favorable chilena, tanto en las Naciones Unidas como en la Organización de los Estados Americanos⁴⁶.

La guerra de las Malvinas quedó como una herida abierta para Argentina –con unas fuerzas armadas «fracasadas» y sin prestigio alguno, y con relaciones deterioradas con Chile.

La transición argentina y el Tratado de Paz y Amistad Desde el verano de 1982 hasta la primavera de 1984

Demostrando otra vez su autonomía relativa, el 23 de abril de 1982 se

⁴² *Clarín*, 26 de noviembre de 1999.

⁴³ Entrevista reservada.

⁴⁶ Al interior de la Organización de los Estados Americanos, Chile junto con los Estados Unidos y pocos países más se abstuvieron de votar la resolución que autorizaba la intervención en el conflicto anglo-argentino en el marco del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca de 1947. La oposición de varios sectores de la población chilena a la neutralidad favorable contribuyeron a la progresiva evolución de la posición del gobierno chileno hacia Argentina especialmente en el contexto de las Naciones Unidas (Escudé-Cisneros, 1998-2003).

⁴² *La Nación*, 3 de abril de 1982.

⁴³ Entrevista privada.

reanudaron las negociaciones en medio de la crisis de las Malvinas (Mares, 2001). El 1° de junio, Bignone⁴⁷ reemplazó al humillado Galtieri. Bignone declaró prontamente que cualquiera que fuera el resultado de las negociaciones, este debería de ser aprobado por el Congreso argentino. Samoré se encontró frente al desafío de persuadir a Argentina de renovar el Tratado General de Arbitraje. Mientras tanto, el Vaticano recomendó a Chile que presentara unilateralmente el caso a la Corte Internacional de Justicia, para no perder el derecho de hacerlo. El 28 de julio, Samoré presentó a las partes un documento⁴⁸ y les pidió que aceptaran la invitación papal a renovar el Tratado y congelaran el diferendo unos años⁴⁹. El 10 de septiembre, los dos países aceptaron la propuesta y renovaron el Tratado. El 15 del mismo mes, firmaron el Acuerdo de Ciudad del Vaticano y acordaron renovar el Tratado General de Arbitraje (Lanari, 1996: 336-339). ¿Por qué Argentina aceptó renovar el Tratado si no estaba obligada a hacerlo? Si Chile presentaba otro caso, Argentina habría perdido nuevamente. Argentina decidió conceder algo a fin de sentar un precedente que obligaba a Chile hacer otro tanto.

El 3 de febrero de 1983 falleció el paciente Samoré y fue reemplazado por

el influyente Casaroli⁵⁰. Este percibió que algo estaba cambiando del lado argentino⁵¹ debido a la crisis económica y sobretodo por el término gradual del régimen militar e insistió en que se firmara un tratado parcial. Samoré había postulado esta propuesta en septiembre de 1982 y el 8 de junio de 1983 Casaroli la formulo nuevamente. Sin embargo, el Vaticano estaba intentando congelar el diferendo (Lanari, 1996: 339; Mares, 2001; Domínguez, 2003)⁵². Chile era partidario de congelarlo, mientras que Argentina insistía en una solución definitiva, visto que la mayoría de las cuestiones estaban solucionadas y que el congelamiento solo podría producir nuevas fricciones en un futuro próximo. El 17 de agosto, Argentina rechazó el tratado parcial. Según el negociador chileno Benadava «la mediación seguía letárgica» (1999: 125)⁵³. En julio, el mismo Bendava se

⁴⁷ Reynaldo Bignone fue presidente de Argentina del 1° de julio de 1982 al 10 de diciembre de 1983.

⁴⁸ Doc. Vat. 3/82.

⁴⁹ Doc. Vat. 4/82.

⁵⁰ El Secretario de Estado Agostino Casaroli era muy cercano al papa Juan Pablo II y al Cardinal Sodano. Según Kissinger, fue el diplomático más inteligente que haya conocido (Benadava, 1999: 125).

⁵¹ Según Benadava (1999: 128) entre marzo y mayo de 1983, meses inmediatamente anteriores a las elecciones presidenciales, el Vaticano intentó sin éxito insistir con Buenos Aires para encontrar una solución al diferendo.

⁵² Para Benadava (1999: 128) fue el gobierno militar argentino el que intentó congelar las negociaciones. Los documentos oficiales y la precisión de la reconstrucción de Lanari (1996: 339) hacen más verosímil la versión anterior.

⁵³ Un chiste publicado en *El Mercurio* (1983) decía así: «¡Le encontrado... trabajo en la delegación chilena ante la mediación... No

encontró con Barberis⁵⁴ en la Academia de Derecho Internacional de La Haya. En las denominadas «conversaciones B-B» se discutió la propuesta papal de diciembre de 1980 (133-135). Esta actitud confirma la autonomía relativa de los negociadores argentinos, tanto juristas como militares, de lo que acontecía en Buenos Aires. Es importante señalar las dificultades que experimentaba en aquel entonces la delegación argentina, compuesta de funcionarios civiles y militares, estos últimos con luchas continuas entre sí debido a la pérdida de credibilidad después de los acontecimientos de las Malvinas. Para un militar no hay nada peor que ser vencido.

Los últimos meses de 1983 fueron meses de cambio en Argentina. Los militares habían prometido nuevas elecciones para principios de año; en octubre Alfonsín ganó las elecciones presidenciales, para sorpresa de todos (Morales, 1992). Había comenzado la «transición hacia la democracia». Alfonsín asumió el poder el 10 de diciembre de 1983, con la economía en ruinas, un aparato del Estado totalmente ineficiente y el fracaso de los militares. La economía chilena también sufría, pero Pinochet parecía fuerte e inmutable. Las partes se aproximaron a un acuerdo e intercambiaron informes y propuestas cada vez más constructivos

y exhaustivos⁵⁵ (Lanari, 1996: 340). En rigor, los avances tenían más que ver con la inercia de las negociaciones, el trabajo individual de los negociadores y las dinámicas internas de las delegaciones, que con los cambios políticos en Argentina.

La nueva Administración se instaló en Buenos Aires y Alfonsín nombró Canciller a Dante Caputo⁵⁶. El nuevo equipo negociador de Argentina fue dirigido por el Embajador Gobbi y el profesor Delpech, que continuaron la labor de sus predecesores con el objetivo de llegar a una conclusión rápida y honorable. Las dos prioridades de la administración de la Unión Cívica Radical eran mejorar las condiciones económicas e impedir el retorno de los militares al poder. Resolver la disputa con Chile habría «cortado las piernas a los militares», como comentó en una entrevista privada un experto argentino. Los militares podían utilizar la disputa para convencer a los nacionalistas de actuar contra el nuevo gobierno (Fournier, 1999: 63). Además, resolver el diferendo era una manera de reconquistar la confianza de los inversionistas extranjeros. Finalmente, profundizar la integración con Chile formaba parte de una nueva política exterior argentina, basada en «la democracia, los derechos humanos y la justicia social» (Torres,

pagan mucho, pero es un trabajo para la vida...»

⁵⁴ Julio Barberis, jurista internacional y miembro del equipo negociador argentino.

⁵⁵ Véase, por ejemplo, el informe del negociador chileno Etcheverry Boneo al gobierno argentino, de noviembre 1983.

⁵⁶ Sociólogo y politólogo radical. Estudió en Francia y miraba más hacia Europa que hacia Estados Unidos.

2002: 129; Alconada, 1996: 345-354; Caputo-Sábato, 1991: 194-208). El nuevo gobierno sostuvo consultas con muchos de los exiliados chilenos que habían vuelto a Argentina después de 1983, razón, por la cual no acusaron a Alfonsín y a Caputo de una actitud aparentemente conciliadora con el régimen pinochetista⁵⁷.

Durante el verano de 1984, los negociadores finalmente resolvieron las últimas cuestiones contenciosas (Benadava, 1999: 143-148). Respecto del mar, el mediador aconsejó una línea casi idéntica al laudo británico. La propuesta asignó las tres islas a Chile; amplió de tres a seis millas el territorio chileno alrededor del Cabo de Hornos; extendió la zona económica exclusiva de ambos países (Infante, 1987); y redujo la proyección marítima de las islas de Chile situadas más al sur (Pinochet de la Barra, 1987 y 1999). Los dos lados aceptaron rápidamente el compromiso.

Las partes concordaron también un nuevo mecanismo para la solución de controversias (Anexo I) y para la determinación de los derechos de navegación (Anexo II), afinando lo que ya habían convenido. La propuesta del mediador incluyó la creación de una «comisión

binacional» para la resolución de asuntos económicos (artículo 12). El 4 de octubre, los negociadores anunciaron que habían conseguido un acuerdo y el 18 del mismo mes se entregaron a las partes las copias originales de los resultados de la mediación. Inicialmente se había escogido el 24 de noviembre como fecha para firmar el acuerdo que entraría en los anales de la historia como el «Tratado de Paz y Amistad» (Lavopa, 1995: 188-209; Díaz Albornico, 1987). Pero Argentina pidió que el preámbulo mencionara el principio bioceánico, por el cual la firma se retardó al 29 de noviembre.

Casi cinco años fueron necesarios para que los representantes del gobierno militar pudiesen llegar a un acuerdo. ¿Por qué al equipo negociador de Alfonsín requirió solo un año? Según Fontana, el acuerdo era un producto de la mediación papal, que tomó poco tiempo a los radicales de conseguir debido a que «sobre la mesa permanecían pocas cuestiones»⁵⁸. La tesis de Fontana parece coincidir con la información disponible al respecto, ya que es muy probable que la determinación política de los radicales pudiera catalizar las negociaciones.

El 20 de octubre el gobierno chileno anunció el acuerdo a través de la televisión nacional. El pueblo chileno dio la bienvenida a la noticia y pocos fueron los descontentos (Benadava, 1999: 149). A fines de 1984 Chile vivía una profunda crisis económica y se

⁵⁷ Para una perspectiva positiva de la acción de Argentina, ver por ejemplo el artículo del entonces Secretario General del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), el sociólogo Oscar Garretón (1985); para una visión opuesta, ver el artículo que apareció en la publicación socialista *Unidad y Lucha* de noviembre de 1984.

⁵⁸ Entrevista privada, mayo de 2005.

encontraba solo y sin aliados debido a su régimen político y a la situación de los derechos humanos⁵⁹. Por ello, buscó una nueva inserción en la región y en la economía global, la segunda de las cuales concretó en las reformas de Büchi de 1985⁶⁰, y la primera mediante la solución del diferendo con Argentina sobre el Beagle. El 11 de abril de 1985, la junta militar chilena ratificó el tratado (Lavopa, 1995: 33).

La Administración Alfonsín tuvo que enfrentar uno de los debates públicos más polémicos de la historia, ya que se relacionaba al mismo tiempo con la gestión económica del país y con el juzgamiento de los actores del régimen militar. Varios sectores del país, en particular las elites políticas, rechazaron el tratado, ya que —como decía el antiguo Presidente Levingston— «permite la penetración chilena en el Atlántico»⁶¹ (Benadava, 1999: 150; Lavopa, 1995: 33). A mediados de marzo, el Senado, dominado por los justicialistas, aprobó el tratado por el estrecho margen de 23 a 22 (Russell, 1990: 54-68; Escudé-Cisneros, 1998-2003). El 26 de julio, los radicales llamaron a un referéndum para obligar a los críticos del tratado a exponerse públicamente (Lavopa, 1995: 182-187). El 15 de noviembre,

el líder de la oposición peronista⁶², Vicente Saadi, enfrentaba a Caputo en el primer debate televisivo de la nueva democracia. La «serena racionalidad» de Caputo prevaleció sobre la «retórica explosiva» de Saadi⁶³ y el 25 del mismo mes el 81% de los argentinos votó en favor del tratado⁶⁴. La Administración radical consiguió acallar a los militares y a la oposición. El 26 de marzo el gobierno argentino ratificó el Tratado de Paz y Amistad.

Con la ratificación argentina del Tratado, los dos países dieron fin al primero de los veintiséis diferendos territoriales que quedaban pendientes desde el principio del siglo, entre los cuales destacaban los de la Laguna del Desierto, Campos de Hielo Sur y cuestión Antártica. La presente reconstrucción de este momento determinante de las relaciones transandinas permite apreciar cómo hace treinta años Argen-

⁵⁹ Los Estados Unidos temían que Chile se convirtiera en una nueva Nicaragua a través de la crisis económica de 1982 y a la profunda desigualdad social (Fermadois, 1991).

⁶⁰ Hernán Büchi, ministro de economía de 1985 a 1989.

⁶¹ *La Nación*, 22 de agosto de 1994.

⁶² Los años ochenta fueron una década difícil debido al autoritarismo, el nacionalismo, la doctrina social de la Iglesia y el sindicalismo, cuatro elementos que constituyen el peronismo tradicional. Los peronistas fueron relegados a la clandestinidad por casi una década y perdieron las elecciones presidenciales y el referéndum. Solo una minoría del Partido Justicialista, encabezada por Bordón, entonces diputado, más tarde gobernador de Mendoza, y por Menem, entonces gobernador de La Rioja, estaba a favor del tratado. Cabe señalar que tanto el electorado de Bordón como de Menem se encontraban en la frontera con Chile.

⁶³ *La Nación*, 15 de noviembre de 2004.

⁶⁴ Para un estudio interesante sobre los resultados del referéndum, ver Lacoste (1998: 133).

tina y Chile casi recurrieron a la fuerza militar para resolver la disputa por el Canal Beagle, diferendo que al final resolvieron pacífica y amistosamente.

La solución pacífica de la crisis ocasionada principalmente por la agresividad de algunos dirigentes argentinos y por la inflexibilidad del lado chileno sobre unos intereses estratégicos y políticos comunes, fue posible gracias a la perseverancia y la paciencia de algunos protagonistas de ambos lados, a la coyuntura política y económica de la época y también a las coincidencias de la historia. La crisis del Canal de Beagle dio a conocer a las clases dirigentes de los dos países las ventajas y defectos de varias modalidades de arreglo de diferencias territoriales: del recurso al arbitraje internacional a las negociaciones políticas, de la amenaza de guerra a la mediación, favoreciendo la solución pacífica de los otros veinticinco diferendos territoriales.

Sin pretender representar la historia «definitiva» de la crisis del Canal de Beagle», esta reconstrucción no se limita a recoger las memorias de unos cuantos protagonistas de la época.

Incluye tanto relatos de militares, civiles y religiosos de ambos lados como entrevistas inéditas y análisis de expertos y académicos, con el fin de tratar de destacar la complejidad del periodo. Procura fomentar una interpretación que contribuya a dar a luz sobre un episodio tan oscuro en la historia de las relaciones entre Chile y Argentina, antes de la tan esperada apertura de los archivos nacionales tanto en Buenos Aires como en Santiago.

En tan solo dos décadas Chile y Argentina lograron pasar de una casi guerra a una integración ejemplar, por lo que el tema apasiona a investigadores de todo el mundo. No sorprende el reciente florecer de contribuciones científicas al análisis de estas relaciones especiales.

BIBLIOGRAFÍA

- Act of Montevideo by which Chile and Argentina request the Holy See to act as a mediator with regard to their dispute over the Southern region and undertake not to resort to force in their mutual relations (with supplementary declaration)* (1979), United Nations Treaty Series, vol. 1137, n° 1-17838.
- Aguirre Lanari, J.R. (1996), «Una Ruta Transitable», *La política exterior argentina y su protagonistas, 1880-1995*, Jalabe, S.R. (ed.), Buenos Aires, CARI, pp. 323-343.
- Alconada Sempé, R. (1996), «Democracia y Política Exterior», en *La política exterior argentina y su protagonistas, 1880-1995*, Jalabe, S.R. (ed.), Buenos Aires, CARI, pp. 345-355.
- Arancibia Clavel P. e Isable de la Maza Cave (2003), *Mathei. Mi testimonio*, La Tercera-Mondadori.
- Award of Her Britannic Majesty's Government pursuant to the Agreement for the Arbitration of a Controversy between the Argentine Republic and the Republic of Chile concerning the Region of the Beagle Channel* (1977), Londres, Her Majesty's Stationery Office.
- Benadava, S. (1999), *Recuerdos de la mediación pontificia entre Chile y Argentina, 1978-1985*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Bignone, R.B.A. (1992), *El Ultimo de Facto: la liquidación del proceso: memoria y testimonio*, Buenos Aires, Planeta.

- Caputo, D., y J. Sábato (1991), «Perspectivas de la Integración Político-Económica Continental. La Integración de las Democracias Pobres: Oportunidades y Peligros», en *Estudios Internacionales*, vol. XXIV, n. 94, pp. 124-208.
- Child, J. (1979), «Geopolitical Thinking in Latin America», en *Latin American Research Review*, vol. 14, n. 2, pp. 89-111.
- Cox, R. (1980), *The Sound of One Hand Clapping: A Preliminary Study of the Argentine Press in a Time of Terror*, Washington, Woodrow Wilson International Centre for Scholars.
- Díaz Albonico, R. (ed.) (1987), *El Tratado de Paz y Amistad entre Chile y Argentina*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Domínguez, J.L., D. Mares, M. Orozco, D.S. Palmer, E. Rojas Aravena y A. Serbin (2003), «Boundary Disputes in Latin America», *Peaceworks*, n. 50.
- Escudé, C., y A. Cisneros (1998-2003), *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Fernandois, J. (1991), «De una inserción a la otra: Política exterior de Chile 1966-1991», en *Estudios Internacionales*, XXIV, n. 96, pp. 433-455.
- Fogg, G. (1983), *Soberanía Argentina en el Área Austral*, Buenos Aires, Pleamar.
- Fontana, A. (1990), *La política militar en un contexto de transición argentina, 1983-1989*, Buenos Aires, CEDES.
- Fontana, A. (1990), *Percepción de amenazas y adquisición de armamentos: Argentina 1960-1989*, Buenos Aires, CEDES.
- Fournier, D. (1999), «The Alfonsín Administration and the Promotion of Democratic Values in the Southern Cone and the Andes», *Journal of Latin American Studies*, vol. 31, n. 1, pp. 39-74.
- Freedman, L. (2005), *The Official History of the Falklands Campaign*, Nueva York, Routledge.
- Garretón, O. (1985), «Una Opinión Chilena desde Argentina», *A La Moneda*, vol. 1, n. 1, pp. 15-16.
- Garrett, J.L. (1985), «The Beagle Channel Dispute, Confrontation and Negotiation in the Southern Cone», en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 27, n. 3, pp. 81-109.
- Gomez Rueda, H. (1977), *Teoría y doctrina de la Geopolítica*, Buenos Aires, Astrea.
- Guzmán Gutierrez, J. (2004), *The Antarctic Tradition of Chile. An Historical Review: 1540-1991*, University of Cambridge, Centre of Latin American Studies.
- Infante Caffi, M.T. (1984), «Argentina y Chile: percepciones del conflicto de la zona del Beagle», en *Estudios Internacionales*, XVII, n. 67, pp. 337-358.
- Kelly, P., y J. Child (1988), *Geopolitics, Integration, and Conflict in the Southern Cone and Antarctica*, Londres, Lynne Rienner.
- Knudson, J.W. (1997), «Veil of Silence: The Argentine Press and the Dirty War, 1976-1983», en *Latin American Perspectives*, vol. 24, n. 6, pp. 93-112.
- Lacoste, P. (1998), *El Sistema Pebuenche: Frontera, sociedad y caminos en los Andes Centrales argentino-chilenos (1654-1997)*, Gobierno de Mendoza, Universidad Nacional de Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- Lacoste, P. (2003), *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*, Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica - Universidad de Santiago de Chile.
- Lavopa, J.H. (ed.) (1995), *Las relaciones argentino-chilenas. Política económica, exterior y de defensa. La influencia de los grupos de presión desde el Tratado de Paz y Amistad de 1984*, Buenos Aires, CARI-Fundación Konrad Adenauer.
- Madrid Murúa, R. (2003), «La Estrategia Nacional y Militar que planificó Argentina, en el marco de una estrategia total, para enfrentar el conflicto con Chile el año 1978», *Memorial del Ejército de Chile*, Santiago, n. 471.
- Memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores (1976-1997)*, Santiago, Ministerio de Relaciones Exteriores.

- Menéndez, L.B. (1981), *Así piensa... Luciano B. Menéndez*, Buenos Aires, Nemont.
- Miranda, P.N. (1989), *Terrorismo de Estado: Testimonio del Horror en Chile y Argentina*, Santiago, Expediente Negro.
- Moneta, C.J. (1982), «El conflicto de las Islas Malvinas: su papel en la política exterior argentina y en el contexto mundial», *Estudios Internacionales*, n. 60, pp. 361-409.
- Moneta, C.J. (1984), «The Malvinas Conflict: Some Elements for an Analysis of the Argentine Military Regime's Decision-Making Process», en Muñoz, H., y J.S. Tulchin (eds.), *Latin American Nations in World Politics*, Boulder, Westview, pp. 128-129.
- Morales Solá, J. (1992), *Asalto a la Ilusión: historia secreta del poder en la Argentina desde 1983*, Buenos Aires, Planeta, 9a ed.
- Paredes, A. (2004), «La Operación Cóndor y la guerra fría», en *Universum*, n. 19, vol. 1, 122-137.
- Passarelli, B. (1998), *El Delirio Armado. Argentina-Chile: La guerra que evitó el Papa*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Pastor, C.W. (1996), «Chile: La Guerra o la Paz, 1978-1981», en Jalabe, S.R. (ed.), *La política exterior argentina y su protagonistas, 1880-1995*, Buenos Aires, CARL, pp. 259-308.
- Pinochet de la Barra, O. (1987), «La Antártica y el Tratado de Paz y Amistad», en *El Tratado de Paz y Amistad entre Chile y Argentina*, Díaz Albonico, R., (ed.), Santiago, Editorial Universitaria, pp. 125-128.
- Pinochet de la Barra, O. (1999), *Chile y Argentina en la Antártica. Algunas Reflexiones*, Buenos Aires, CARL.
- Pinochet Ugarte, A. (1974), *Geopolítica*, Santiago, Andrés Bello.
- Princen, T.E. (1988), «Beagle Channel Negotiations», en *Case Studies in International Affairs*, n. 401.
- Rojas, I.E. y A. Medrano (1979), *Argentina en el Atlántico Chile en el Pacífico*, Buenos Aires, Nemont.
- Russell, R. (1990), «El Proceso de toma de decisiones en la política exterior argentina», en *Política Exterior y El Proceso de Toma de Decisiones en América Latina*, Russell, R., (ed.), Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericano.
- Russell, R. (1996), «Marchas y Contramarchas de la Política Exterior del Proceso: Los Gobiernos de Viola, Galtieri y Bignone, 1981-1983», en Jalabe, S.R. (ed.), *La política exterior argentina y su protagonistas, 1880-1995*, Buenos Aires, CARL, pp. 309-321.
- Seoane, M. y V. Muleiro (2001), *El Dictador: la historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Tapia, I.A. (1997), *Esta noche: la guerra*, Viña del Mar, Universidad Marítima de Chile.
- Torres, M.A. (2002), «El Proceso de Integración Latinoamericano en el Discurso del Presidente Alfonsín (1983-1989)», en *Revista de Estudios Transandinos*, n. 7, pp. 115-131.
- Treaty of Peace and Friendship between Argentina and Chile (1984)*, United Nations.
- Turolo, C.M. (1996), *De Isabel a Videla*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 111-139.
- Videla Cifuentes, E. (2008), *La desconocida historia de la Mediación Papal*, Santiago, Universidad Católica de Chile.
- Yofre, J.B. (2000), *Misión argentina en Chile, 1970-1973*, Providencia, Sudamericana.